

Los Estados Unidos de América y América Hispana en la Primera Mitad del Siglo XIX*

Ludwing Nolte**
Doctorado Freie Universität Berlín

Abstract

The presence of the United States of America in the life of the Latin American countries is undeniable. Their politics and their economy have always been oriented toward their great neighbour of the North that also has obtained influence in the culture and the society. This relation is marked by feelings and ambiguous interests that have made us reflect without being able to find a solution. Through historical and literary document analysis this article sets out to arrive at the beginnings of this problematic during the first half of the XIXth century. Geography, the economy and politics join two worlds separated by history and culture, and yet they do not manage to avoid the difficulties and the friction between them. ¿How much have changed the relations between both parts? ¿Which one was the image Latin America had of the United States in the XIXth century? ¿Is this different from the present image? Reviewing the work of authors in the past and comparing it with the one of contemporary thinkers we could give an answer to these questions and perhaps give a new approach to our relations with North America.

Key Words.

Geopolitics, XIXth century, United States, Latin America.

Resumen

Es innegable la presencia de los Estados Unidos de América en la vida de los países latinoamericanos, cuya política y economía han estado desde siempre orientadas a su gran vecino del Norte que también ha logrado influjo en la cultura y en la sociedad. Esta relación está marcada por sentimientos e intereses ambiguos que nos han hecho reflexionar sin poder llegar a encontrarle una solución. A través del análisis de documentos históricos y literarios, este artículo se propone llegar a los inicios de esta problemática de principios hasta mediados del siglo XIX. La geografía, la economía y la política hacen que dos mundos separados por la historia y la cultura se encuentren,

Fecha de Recepción: 30 de abril de 2007

Fecha de Aceptación: 28 de junio de 2007

* Este artículo es resultado del proyecto de investigación denominado: "Viajeros latinoamericanos en los Estados Unidos, una mirada histórica para comprender las relaciones actuales entre las dos Américas". Realizada y financiada por la Freie Universität Berlin (Universidad Libre de Berlín).

**Doctor en Filosofía (Ph.D) de la Freie Universität Berlin (Universidad Libre de Berlín). Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Yucatán. Áreas de interés Historia, Literatura Latinoamericana y Europea, Literatura de viajes. Miembro de la Sociedad Ernst-Reuter (Ernst-Reuter-Gesellschaft).

sin embargo no logran evitar las dificultades y los roces entre ambos. ¿Qué tanto han cambiado las relaciones entre ambas partes? ¿Cuál es la imagen que se tuvo en Latinoamérica de los Estados Unidos en el siglo XIX? ¿Se diferencia de la imagen actual? Revisando la obra de autores pasados y comparándola con la de pensadores contemporáneos podríamos quizás darle una respuesta a estas preguntas y darle un nuevo enfoque a nuestras relaciones con la América del Norte.

Palabras clave.

Geopolítica, Siglo XIX, Estados Unidos, Latinoamérica.

Introducción

Los Estados Unidos de América han acompañado desde los inicios de su independencia a las naciones de Latinoamérica, al principio como un ejemplo para lograr su propia libertad y después como modelo político y económico. Las relaciones entre estas dos Américas tan distintas, también tenían que ser contradictorias. Este artículo trata de exponer las formas en que los latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX vieron a la Nación del Norte, cómo éstas han evolucionado y se han modificado con el tiempo sin lograr cambiar la imagen preponderante que ha tenido y sigue teniendo este país llamado Estados Unidos de América.

La Independencia de las colonias españolas y los Estados Unidos de América

Los sorprendentes y vertiginosos sucesos ocurridos en la última década del siglo XVIII y en las dos primeras décadas del siglo XIX han ejercido una influencia decisiva en la historia moderna del mundo. Resultado directo de la Revolución Francesa fue la llegada al poder de Napoleón Bonaparte en 1799, quien hasta 1815, con sus empresas bélicas sacudiría a toda Europa, cambiaría las fronteras, destruiría viejos estados y crearía otros nuevos. La conquista napoleónica del Viejo Continente haría que se

desmoronasen los antiguos sistemas sociales, dándole paso a una burguesía pujante y ansiosa de ocupar su lugar en las nuevas sociedades.

Las campañas napoleónicas en Europa repercutieron en las colonias de la América Española precipitando, favoreciendo o alentando sus propias revoluciones de independencia. Durante los primeros siglos del coloniaje español, los habitantes de Hispanoamérica estuvieron aislados a causa de la política monopolizante de la metrópoli. Durante todos esos años apenas tuvieron relación entre sí y mucho más esporádicos eran los contactos con los habitantes de las otras colonias, pertenecientes a Inglaterra, Francia y Portugal.

La sociedad hispanoamericana de aquellos años se quedó estancada con la mirada puesta en Europa, o mejor dicho en España, pues no tenían ni conocían otra opción. Con la llegada en 1700 de la dinastía Borbón al trono español, vinieron también la cultura y costumbres francesas, cambios sociales y reformas económicas que se extenderían a las colonias americanas y que darían lugar a una mayor apertura hacia el mundo.

Con los Borbones (Siglo XVIII y principios del XIX), España deja de ser el centro de la América española y se empezaron a conocer la cultura y la lengua de otros países de Europa, en especial de la francesa. Los ingleses dejaron de ser vistos únicamente como herejes y piratas, se

abandonaron los anticuados criterios de la época del gobierno de los Habsburgo acerca de los otros países, y su imagen se transformó en la de sagaces mercaderes. Los contactos con las naciones extranjeras pasaron del contrabando a las relaciones comerciales legales y los tratos con las otras colonias españolas se hicieron mucho más frecuentes.

En 1776 declaran su independencia las trece colonias inglesas en América del Norte, la noticia llega a Hispanoamérica y desde entonces se inician las relaciones entre ambas partes del continente. La abdicación en 1808 del rey Carlos IV y la de su hijo Fernando VII a favor de Napoleón y de su hermano José Bonaparte, harían que los países de la América Hispánica se sintiesen ya desligados de sus compromisos con la metrópoli e iniciaran la lucha por su independencia.

Desde algunos años atrás, influidos por las ideas de los enciclopedistas y de la Ilustración, ya varios hispanoamericanos habían pensado en la independencia de sus países. Alentados por la independencia norteamericana, dejaron de ver hacia la Europa tan lejana, donde Francia era la única nación que no era gobernada por un monarca dinástico, y empezaron a mirar más de cerca, hacia los Estados Unidos, hacia donde varios de ellos, algunos como refugiados políticos, se dirigieron en busca de su ejemplo. "La revolución norteamericana dio carta de naturaleza en esta parte del mundo -en todo el mundo occidental ciertamente- a los principios políticos con que la filosofía del iluminismo había trastornado al orden tradicional. América sólo despertó de verdad a esta nueva forma del pensamiento político a raíz, principalmente, de la emancipación norteamericana" (Duarte, 1975, p. 34).

Las diferencias que dividían a la América Inglesa de la América Española, aparte de sus distintos gobernantes y sistemas económicos, eran: la religión, protestante en una y católica en la otra; la etnia, una nórdica casi pura y la otra mezclada, con un sustrato mediterráneo, pero

donde las razas nativa y africana aportaban sus rasgos hereditarios en la gran mayoría de las veces; la lengua, inglés y español; las costumbres, producto de los tres elementos anteriores.

A pesar de esta diversidad, gracias al influjo de la independencia norteamericana los hispanoamericanos salvan lo que en otras circunstancias y ocasiones serían grandes obstáculos y tratan de acercarse a los Estados Unidos. En el pensamiento revolucionario de América Latina estaban muy arraigados en ese entonces, los ideales de un panamericanismo y un sentido de la causa común. (Orjuela, 1980, p. 48).

Desde antes de lograr la propia independencia, se vio en Norteamérica un ejemplo a imitar y una compañera de ideales, convirtiéndola en un símbolo de libertad, y como un aliciente para seguir en la lucha. "La revolución norteamericana desde el principio despertó viva simpatía entre los criollos que abrigaban la esperanza de independizarse del gobierno monárquico español. La recientemente establecida nación del Norte simbolizaba la libertad y constituía un ensayo venturoso de republicanismo muy diferente a todos los sistemas políticos en vigencia entonces" (Orjuela, 1980, pp. 52-53).

Con una imagen tan idealizada de los Estados Unidos de América, era inevitable que éstos se convirtieran en el centro de atracción para muchos latinoamericanos, quienes empezaron a visitar el país. Al principio sólo se buscó en Norteamérica un modelo político libertario y ayuda para el movimiento independentista de sus países. "El interés creciente por la república del Norte atrajo a visitantes notables de Hispanoamérica, que llegaban en misiones de observación o como refugiados políticos" (Orjuela, 1980, p. 53).

A través de estos viajeros, empezó a conocerse en Latinoamérica acerca de la existencia de personajes norteamericanos como George Washington, Benjamín Franklin, Thomas Jefferson y Thomas Paine, quienes pronto empezaron tener admiradores entre los miembros

liberales de las clases altas de los virreinos, capitanías generales y gobiernos españoles en América. "Washington, Thomas Paine, Jefferson, Franklin gozaron de reputación en Iberoamérica a fines del siglo XVIII y buena parte del XIX, pues encarnaban a los líderes de una república que se decía defensora de la libertad" (Orjuela, 1980, p. 54).

Benjamín Franklin, George Washington y Thomas Jefferson fueron entre todos los norteamericanos, los tres personajes más populares en Hispanoamérica y que tuvieron una influencia decisiva en su mentalidad. Franklin y Jefferson hablaban y escribían en español, mientras que Washington era admirado por sus virtudes cívicas y como padre de la independencia. Jefferson tenía incluso el interés de unir a los gobiernos de todo el continente en un sistema republicano y hacerle frente a la Europa monárquica en una forma de panamericanismo (Orjuela, 1980, pp. 58-59).

Las figuras idealizadas de estos norteamericanos, formaron la imagen de su país en las mentes de Latinoamérica, como cuna de la libertad, y mantuvieron a los Estados Unidos durante largo tiempo en "un halo romántico de leyenda" (Orjuela, 1980, p. 54). Como campeones de la libertad, los norteamericanos seguramente apoyarían a otras colonias, a lograr su propia independencia, ésta era la lógica de los criollos de la América Latina durante su lucha contra el dominio español y por eso enviaron emisarios a pedir su ayuda. "Los Estados Unidos representaban para ellos un cúmulo de ideales que no eran solamente patrimonio de una nación cualquiera, sino de todo el género humano. Para ellos este país era el símbolo de la libertad y de la democracia, la magna aventura del hombre" (Orjuela, 1980, p. 57).

Sin embargo, la política exterior de los Estados Unidos era la de mantenerse neutrales, siempre y cuando ni su territorio ni sus intereses comerciales se vieran afectados, pues consideraban a la revolución en Latinoamérica como una guerra

civil de extranjeros en la cual no debían tomar partido. A causa de esto, los norteamericanos nunca respondieron con el apoyo solicitado y los hispanoamericanos tuvieron que ganar solos su libertad.

Esta política fue considerada como una traición a los ideales de libertad y democracia, así como a los principios republicanos por el egoísmo de proteger su seguridad nacional (Orjuela, 1980, pp. 61-62), pero las figuras de Franklin, Washington y Jefferson todavía brillaban demasiado para seguir manteniendo la admiración de los latinoamericanos.

Los países latinoamericanos independientes y sus primeras relaciones con los Estados Unidos de América

Al iniciarse la tercera década del siglo XIX, casi todas las colonias españolas en América, con excepción de Cuba y Puerto Rico, ya habían logrado su independencia, hecho que las situaba en una posición de tratar directamente y de igual a igual con la que consideraban su "hermana mayor", los Estados Unidos. El símbolo de la libertad pasó a convertirse en modelo para la organización, futuro aliado y protector frente a las potencias europeas, y también socio comercial.

Con excepción de México, que tuvo un breve coqueteo con la monarquía durante el imperio de Agustín de Iturbide (1822-1823), todos los nuevos países salidos de los antiguos territorios españoles en América, siguieron el ejemplo norteamericano y adoptaron desde el principio un sistema republicano para su gobierno. Libres ya de las trabas fiscales y aduaneras que España hubiera impuesto, los jóvenes estados independientes ampliaron e intensificaron su comercio exterior con Inglaterra y Francia, pero sobre todo con su poderoso y admirado vecino del Norte.

Desde 1803 los Estados Unidos eran los poseedores de Nueva Orleans, a la que adquirieron junto con un inmenso territorio de más de

dos millones de kilómetros cuadrados por medio de la compra de Luisiana acordada con Napoleón Bonaparte. Con esta afortunada transacción, los norteamericanos tuvieron acceso al Golfo de México y al Caribe, y con ello al mundo hispanoamericano.

Durante el dominio francés, Nueva Orleans fue sólo una pequeña población asentada en el pantanoso delta del gran río Mississippi, plagada por la fiebre palúdica y sin la mayor relevancia, pues los intereses económicos de la metrópoli se concentraban en la rica colonia de Santo Domingo o Haití con sus riquísimas y productivas plantaciones trabajadas con mano de obra esclava. Bajo sus nuevos dueños el poblado se desarrolla y se convierte rápidamente en un populoso y activo puerto con un tráfico mercantil muy intenso. Objetivo principal de ese pujante comercio eran México y los demás países de Centroamérica y de la zona del Mar Caribe, incluyendo a las todavía colonias españolas de Cuba y Puerto Rico.

Las nuevas repúblicas habían obtenido su libertad, pero su organización todavía estaba estructurada como en el antiguo sistema colonial. Las bases de su economía seguían siendo la agricultura, la ganadería y la minería, trabajadas aún con métodos primitivos por una explotada servidumbre indígena.

La sociedad continuaba estratificada como antes y grupos tradicionales como la iglesia y el ejército conservaban todavía sus fueros y privilegios casi feudales. La abolición de la esclavitud, la emancipación de los indígenas del tutelaje real, y la teórica igualdad ante la ley de todos los grupos raciales y sociales, con la excepción del clero y de la milicia, fueron los únicos elementos de cambio en las nuevas sociedades republicanas.

La fuente de prestigio, riqueza y poder, seguía siendo la posesión de la tierra. Debido a que la propiedad de los latifundios y de las minas

todavía se encontraba en manos de la antigua aristocracia criolla, este campo no ofrecía ninguna perspectiva a la nueva clase media.

Con la independencia, la burocracia deja de ser determinada por la voluntad y el favor real que otorgaba casi todos los cargos a españoles peninsulares, y se abre como una nueva oportunidad para los políticos y letrados locales. La nueva situación hace que los puestos en los recién inaugurados gobiernos y administraciones se conviertan en otra opción para alcanzar honores, privilegios y poder, así como en un medio de obtener ingresos económicos.

La lucha por el poder y el gobierno empieza ya con los primeros años independientes sumiendo a las nuevas repúblicas en el caos y el desorden. Esta desorganización interna despertó las ambiciones de potencias europeas como Francia, Gran Bretaña y España, pero también de los Estados Unidos de América. España mantenía su presencia en el continente por medio de sus todavía colonias de Cuba y Puerto Rico, esperando la oportunidad de recuperar sus antiguas posesiones.

Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos de América se encontraban en su período de revolución industrial y de expansión comercial por lo que buscaban abrir nuevos mercados a su comercio y a sus productos; los jóvenes estados latinoamericanos se convierten así en objetivo de su política exterior.

Con el comercio, la admiración de Latinoamérica se extiende hacia Gran Bretaña y Francia. Si los Estados Unidos eran el símbolo de la libertad, Inglaterra representa, a pesar o tal vez gracias a su gobierno monárquico, a la industria y al comercio; Francia por su parte deja sentir su influjo cultural. Los Estados Unidos de América si bien conservan todavía la admiración y su prestigio ante los hispanoamericanos, poco a poco van perdiendo el monopolio sobre éstos ante las dos naciones europeas.

Aunque gracias a la buena imagen británica la monarquía recupera un poco de su prestigio y de simpatía, los países de la América Española mantenían gobiernos de tipo republicano, que adoptaron dos formas irreconciliables entre sí y que avivaron las luchas internas entre los partidarios de ambos grupos.

Los dos grupos republicanos eran: los que seguían la forma unitaria o centralista de república, al estilo de Francia y de tipo más bien conservador; y los que optaban por la forma federalista, con los Estados Unidos de América como modelo y con una ideología que llamaban liberal (Orjuela, 1980, p. 80).

Estas diferencias de opinión provocaron fricciones entre ambos partidos, quienes con sus conflictos bélicos hundieron a sus países en la anarquía y propiciaron en algunas regiones el surgimiento del caudillismo.

A pesar de la competencia de Inglaterra y Francia, los escritores hispanoamericanos siguieron rindiendo culto y tributando honores a los héroes de la independencia norteamericana, y con esto, los Estados Unidos mantienen el respeto y la admiración por su sistema político y por sus instituciones (Orjuela, 1980, p. 77). Aunque Francia le arrebató la influencia cultural, e Inglaterra le quitó el monopolio comercial, la Unión Americana conserva su lugar en el campo de la política.

Las instituciones políticas norteamericanas gozaron de un prestigio tal, que su constitución fue traducida al español, imitada y en algunas ocasiones hasta copiada (Orjuela, 1980, p. 54). Los Estados Unidos pudieron gracias a esta influencia política y a su poderío económico sentar las bases de su preponderancia en el continente americano.

Los Estados Unidos asumieron desde el principio la posición de la gran potencia económica, digna y capaz de rivalizar

ventajosamente con todos los pueblos de Europa, en tanto que las incipientes repúblicas meridionales se resignaban, también desde los primeros días iniciales, a desempeñar el papel de consumidores subalternos frente a esa potencia. La presencia mercantil que así se insinuaba desde el propio siglo XVIII, cobró en el XIX, a partir de la independencia, su carácter de fuerza excluyente e incontrolable. (Duarte, 1975, pp. 168-169).

Para conservar su preponderancia y excluir a sus competidores comerciales de futuras incursiones en la política de la América Latina, el presidente James Monroe (1817-1825), envió su famoso mensaje al congreso, el 2 de diciembre de 1823.

Esta declaración fue conocida como Doctrina Monroe y su contenido en parte es el siguiente:

Por lo tanto, para las francas y amistosas relaciones existentes entre los Estados Unidos y esas potencias, debemos declarar que consideraremos cualquier intento de su parte de extender su sistema a cualquier parte de este hemisferio como peligroso para nuestra paz y seguridad. En las existentes colonias y dependencias de cualquier potencia europea no hemos intervenido ni intervendremos. Pero con los gobiernos que han declarado su independencia y la mantienen, esa independencia que nosotros tenemos en gran consideración y cuyos justos principios reconocemos, por parte de cualquier potencia europea, con el propósito de oprimirlos, o de dirigir de cualquier otra forma su destino, no podremos verla más que bajo la luz de una manifestación de hostilidad hacia los Estados Unidos (Monroe, citado en Robertson, 1969, p. 44).¹

¹ Traducción del autor de: "We owe it, to candor and, to the amicable relations existing between the United States and those powers to declare that we should consider any attempt in their part to extend their system to any portion of this hemisphere as dangerous to our peace and safety.

La Doctrina Monroe, fue recibida con júbilo en toda la América Latina, sin detenerse a analizar el verdadero significado, se le interpretó como una manifestación de ayuda y protección frente a las posibles intenciones colonialistas de las naciones europeas.

El entusiasmo revivió la idea de un panamericanismo bajo el patrocinio de la Unión Americana (Orjuela, 1980, p. 66), ahora no sólo símbolo, sino también defensora de la libertad. Para los Estados Unidos esto no fue más que la afirmación de su postura en el Nuevo Mundo (Robertson, 1969, p. 44) y la justificación de su tutela sobre todo el continente (Orjuela, 1980, p. 67), no tuvo mayor efecto pues siempre toleraron todas las intervenciones europeas (Orjuela, 1980, p. 95).

Los Estados Unidos de América lograron con la Doctrina Monroe recuperar la preferencia de las repúblicas del Sur que en parte había pasado a la Gran Bretaña. También renació en Latinoamérica la admiración idealista por el sistema norteamericano. Recuperado su lugar, los norteamericanos se desentendieron de sus admiradores y se concentraron en su propio desarrollo y en los asuntos de su expansión territorial (Orjuela, 1980, p. 80).

Debido a este aislamiento, las relaciones culturales se establecen a través de Europa y de los europeos. Los hispanoamericanos se enteran de las costumbres norteamericanas leyendo a la inglesa Frances Trollope en *Domestic Manners of the Americans*, que aparece en inglés en Londres en 1832, pero que ya en 1835 es traducida y publicada en español en París (Orjuela, 1980, p. 81).

Alexis Clérel de Tocqueville publica en París en 1835 el primer tomo de su obra *De la Démocratie en Amérique*, donde hace un análisis del sistema republicano de la América del Norte, y que a través de la traducción de 1837, influyó enormemente en los políticos de América Latina (Orjuela, 1980, p. 81).

El poderío político de los Estados Unidos, su bonanza económica y la atracción que la Unión ejercía en muchos latinoamericanos, avivaron hacia mediados del siglo [XIX] los deseos anexionistas que querían ver a sus países formar parte de la nación del Norte. En varios lugares la anexión se convirtió en problema nacional, pues los defensores de la idea formaron coaliciones y grupos de presión para lograr sus fines (Orjuela, 1980, p. 86).

Mientras que la anarquía y las guerras civiles pusieron a Latinoamérica en desventaja económica y política, Los Estados Unidos, ocupados en el crecimiento de su industria y de su comercio, se desarrollaron vertiginosamente hasta convertirse en una gran potencia que irradiaba su atractivo a las otras naciones de más al sur del continente, sentando así las bases para la futura política expansionista de la América del Norte.

La imagen de los Estados Unidos de América en la literatura latinoamericana de la primera mitad del siglo XIX.

Este tema además de ser muy amplio, ya ha sido tratado en muchas ocasiones y por varios autores, debido a que la imagen de los Estados Unidos ha estado presente en las mentes latinoamericanas desde los inicios de su historia como países independientes. América del Norte ha dejado sentir su presencia en Latinoamérica desde principios del siglo XIX hasta los tiempos actuales. Se le ha admirado, odiado y temido, pero nunca ha sido indiferente.

With the existing colonies or dependencies of any European power we have not interfered and shall not interfere. But with the Governments who have declared their independence, and maintained it, and whose independence we have, on great consideration and on just principles, acknowledged, we could not view any interposition for the purpose of oppressing them, or controlling in any other manner their destiny, by any European power in any light as the manifestation of an unfriendly disposition toward the United States" James Monroe en su mensaje al Congreso de los Estados Unidos del 2 de diciembre de 1823, citado por: Robertson, William Spence, *Hispanic-American Relations with the United States*, Nueva York 1969, p. 44.

Las opiniones que tuvieron los autores de la América Española en la primera mitad del siglo XIX son muy similares pues todos ven a su vecino del Norte con una mirada romántica e idealista.

Con la invasión de la República Mexicana entre 1846 y 1848, así como con el consiguiente despojo y ocupación de más de la mitad de su territorio, los Estados Unidos muestran sus verdaderas intenciones. A partir de este suceso desagradable de la historia, algunos escritores cambian su opinión y empiezan a ver más claro y con ojos más críticos, sin embargo, esto cae ya dentro de la segunda mitad del siglo XIX y no entra en los propósitos de este artículo.

"Los Estados Unidos han sido, desde que somos nación independiente, y aun antes (durante la dominación española), preocupación constante y dominante. A veces en busca de inspiración y ejemplo; en otras, también en busca de ardidés que retrasen sus tarascadas o eviten sus ultrajes. Nuestras relaciones con ellos han sido tormentosas, dificultosas y pocas veces beneficiosas, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX" (Carballo, 1996, p. 9).

Emanuel Carballo sintetiza en éste párrafo las relaciones entre las dos Américas, tanto políticas, como económicas, así como también las literarias. En muchas ocasiones la literatura fue el único medio con que la América Hispana contaba para desahogar su impotencia frente a su poderoso adversario.

Los estados latinoamericanos empezaron a sentirse amenazados por la hegemonía de la América del Norte a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y despertaron de una ceguera en la que estuvieron inmersos durante las décadas anteriores, ocasionada por la luz excesiva de los héroes míticos de la independencia de las Trece Colonias.

La visión o las visiones que hemos tenido de ellos han cambiado al mudar las etapas históricas, las generaciones, las ideas filosóficas y políticas, las escuelas y los

estilos literarios y artísticos. Así son muy distintos entre sí (aunque en determinados puntos neurálgicos se parezcan) los Estados Unidos vistos y analizados por el visionario Lorenzo de Zavala, Justo Sierra, el positivista con rasgos idealistas, el profético José Vasconcelos quien durante sus estancias en los Estados Unidos no ejerció sus dones adivinatorios, el inquisitivo Paz, que donde pone el ojo descubre nuevas realidades, nuevas avidedes y nuevas injusticias y el desmitificador Carlos Fuentes, quien habla del "monstruo" con familiaridad y sin eufemismos porque ha vivido en sus entrañas. (Carballo, 1996, p. 10).

A estas aseveraciones de Carballo habría que añadir los distintos países de Latinoamérica, con sus autores, épocas históricas y situaciones geográficas, lejanas, cercanas o vecinas inmediatas. En el transcurso del tiempo las opiniones han cambiado y la imagen norteamericana ha sufrido distintas metamorfosis ante los ojos del resto del continente.

Por cuestiones de su geografía, los habitantes del área del Caribe, de Centroamérica y de México han sido los primeros en visitar la Unión Americana. Sin embargo sus puntos de vista son al principio muy similares al de los hispano-americanos de países algo más apartados.

Podríamos decir que en los primeros 50 años del siglo XIX, a pesar de no haber recibido ningún beneficio de su parte, la opinión de América Latina es bastante favorable hacia los Estados Unidos y la literatura adorna su imagen con los honores que se rinden a los personajes mitológicos. Mientras las demás naciones se doblegan ante un soberano, los norteamericanos son totalmente libres y esto los eleva casi hasta la categoría de semidioses.

Los viajeros que visitan su territorio, muy aumentado gracias a la adquisición de Luisiana, se sorprenden ante el progreso material, pero no

mencionan con frecuencia ni hablan demasiado acerca del avance cultural e intelectual (Orjuela, 1980, p. 109). No es que estos aspectos no estuvieran presentes en Norteamérica, sino que no eran tan perceptibles ni tan impresionantes como la industrialización y el desarrollo de la tecnología y de la ciencia que allí encontraron.

Al observar más de cerca sus instituciones sociales, políticas y educativas, los visitantes fortalecen sus convicciones republicanas y su admiración por el sistema norteamericano. Los Estados Unidos se vuelven atractivos a los escritores latinoamericanos, quienes les hacen observaciones bastante halagüeñas y optimistas. Domingo Faustino Sarmiento, el viajero por excelencia de su tiempo, cuando se refiere a Norteamérica, le hace comentarios muy favorecedores (Orjuela, 1980, p. 97). No se le puede reprochar nada, pues todos los escritores de su tiempo se dejan llevar por el entusiasmo de su euforia norteamericana y se expresan de manera similar.

Es comprensible su admiración, pues llegados de países donde las ciencias no habían hecho ningún progreso, a causa de un sistema educativo clerical, dominado por universidades de estructuras medievales, no podían más que maravillarse ante los avances científicos. La industria y la laboriosidad norteamericana que transformaban a su paso toda la geografía del país, contrastaba con los grandes territorios despoblados, abandonados y ociosos que ocupaban buena parte de Latinoamérica.

Empero, no todo podía ser elogiado, si se alaban los progresos de la ciencia y el desarrollo del país, casi todos coinciden con la rusticidad, falta de maneras y sentido de lo estético en los americanos del Norte (Orjuela, 1980, pp. 88-89). Esto tal vez debido a la influencia de Frances Trollope y a sus "virulentos comentarios", como diría Sierra O'Reilly. Algunos autores pasaron por alto este aspecto, e incluso llegaron a ponerlo como ejemplo de sencillez republicana.

Los comentarios del doctor Justo Sierra O'Reilly acerca de los Estados Unidos, se

asemejan a los de sus contemporáneos, pero a diferencia de ellos también empieza a hacer observaciones de sus aspectos negativos. Cuando los latinoamericanos de países lejanos todavía tenían una visión quimérica, Sierra comienza a ver la realidad, al ser testigo de la derrota y del despojo de su país por parte de la Unión Americana, como él mismo nos narra en el prólogo del primer tomo de su obra: "Esta circunstancia me ha ofrecido la ocasión de ser el único mexicano, que se hallaba en Washington al tiempo de las grandes discusiones del trigésimo congreso sobre la guerra de México, esa guerra injusta que ha dejado caer una fea mancha, sobre el pueblo de los Estados Unidos en general; sino sobre la administración y el partido que la ha llevado a cabo" (Sierra, 1850, pp. 6-7). Los Estados Unidos dejan así de cosechar únicamente elogios, y comienzan ya también a recibir reproches y reprobación.

Conclusión

El pensamiento de los autores latinoamericanos de la primera mitad del siglo XIX sigue teniendo vigencia en el presente. Esas opiniones encontradas en sus escritos parecen expresar las de muchos de los pensadores actuales, desde México hasta la Argentina y Chile. Es por eso que tal vez se debe analizar la relación con Norteamérica en lugar de adularla o atacarla, pues hasta ahora esto no ha servido para escapar de su presencia en muchos de los aspectos de la política y de su preponderancia en la economía. Los gobiernos de izquierda que hoy han logrado establecerse en varias naciones de Latinoamérica, siguen utilizando los mismos argumentos que se han usado desde hace más de 150 años con los que, muy a su pesar, no hacen más que destacar el papel que han jugado y siguen jugando los Estados Unidos de América.

Referencias

Duarte French, J. (1975), *América de norte a sur*, s.e. Bogotá.

Orjuela, H. (1980), *Imagen de los Estados Unidos en la poesía de Hispanoamérica*, UNAM, México D.F.

Robertson, W. S. (1969), *Hispanic-American Relations with the United States*, Oxford University Press, New York.

Piccato, P.; Carballo, E. (1996), "Prólogo", *¿Qué país es éste?*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México D. F.

Sierra O'Reilly, Justo, (1850), *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá*, tomo I, s.e., Campeche.